

LA CONSTRUCCIÓN DE LA REALIDAD Y LA REALIDAD DE SU CONSTRUCCIÓN

JOSÉ M.ª GARCÍA BLANCO
CATEDRÁTICO DE SOCIOLOGÍA. UNIVERSIDAD DE OVIEDO

Resumen

Este artículo pretende presentar de manera concisa la sociología de los *mass media* de Niklas Luhmann. El gran sociólogo alemán quiso realizar con ella un análisis enraizado en su teoría general de la sociedad moderna, a fin de superar el nivel preponderantemente descriptivo de las investigaciones sociales sobre los *media*. La tesis principal de Luhmann es que los *mass media* construyen la realidad con la que puede operar un sistema tan complejo como es nuestra sociedad. Al hacer esto asumen la importante función de absorber la incertidumbre (social) acerca de qué y cómo es el mundo. Desentrañar la realidad (social) de esa construcción, en consecuencia, era también tarea fundamental de esta sociología.

Palabras clave

Código, Diferenciación (sistémica y funcional), Función (social), *Mass media*, Observación de primer y segundo orden, Opinión pública, Programas, Realidad, Selectividad y Selectores, Sistemas funcionales.

Abstract

This article seeks to present a concise overview of the sociology of the mass media elaborated by Niklas Luhmann. The great german sociologist wanted to carry out an analysis taken root in his general theory of the modern society, in order to overcome the preponderantly descriptive level of the social research into the media. The main thesis of Luhmann is that the media constructs the reality with which can operate such a complex system as it is our society. When making this they assume the important function of absorbing the (social) uncertainty about what and how the world is. In consequence it was also fundamental mission of this sociology to figure out the (social) reality of that construction.

Key Words

Code, (systemic and functional) Differentiation, (social) Function, First and Second Order Observation, Functional Systems, Mass Media, Programs, Public Opinion, Reality, Selection and Selectors.

INTRODUCCIÓN

Cada mañana, al conectar nuestro aparato de radio, la televisión o al leer nuestro diario habitual, nos ponemos al corriente de lo que pasa en el mundo. Todos estos medios están reproduciendo incesantemente la red de noticias que configura nuestra imagen de la realidad. Son ellos, siguiendo su propia lógica operativa, y no algún tipo de sabiduría o erudición transmitida oralmente, ni tampoco una filosofía abstractamente articulada, quienes proporcionan hoy a la sociedad su propia imagen y la del mundo en la que ella se produce y reproduce como sistema de comunicación.

Nuestra sociedad, la compleja sociedad mundial del presente, es lo suficientemente dinámica y cambiante como para generar constantes acontecimientos que alimentan la maquinaria de los mass media. Es más, muchos de esos acontecimientos son producidos expresamente para dichos medios. Así, incluso la opinión misma (acerca de dichos acontecimientos) puede ser tratada como un acontecimiento que realimenta, reflexivamente, el entramado de operaciones mediáticas.

La emergencia, consolidación y desarrollo de estos medios produce, así, un excedente de posibilidades comunicativas, que hace cada vez más compleja nuestra realidad. Esto, a su vez, conduce no sólo a que aquello que puede ser comunicado sea producto de una realización cada vez más selectiva, sino a que dicha selección sea realizada en virtud de su adecuación a la propia lógica selectiva del periodismo o de la técnica informativa de la radio y, sobre todo, la televisión.

Esta especie de "hegemonía cultural" de los *mass media*, a la que incluso la protesta contra ella debe adecuar sus formas y contenidos, pensaba Luhmann que había sido abordada por las ciencias sociales sólo en un nivel descriptivo, siendo la razón principal de ello la falta de una adecuada teoría general de la sociedad, y en particular de su forma moderna.

Pues bien, los diversos estudios en los que Luhmann se ha ocupado de tales medios (Luhmann, 1981 y 1990), pero muy en particular el último y más amplio de ellos, *Die Realität der Massenmedien* (1996), han estado destinados a elaborar una teorización de los mismos que, entroncada en su teoría general de la sociedad moderna, permitiera superar dicho nivel básicamente descriptivo de la investigación social acerca de esta temática.

Dar cuenta de esta teorización es el objetivo de este texto, a cuyo efecto será preciso, en primer lugar, realizar un esbozo de la muy compleja teoría luhmanniana de la sociedad moderna.

Pero antes de entrar en materia, me parece oportuno hacer una aclaración sobre el título del artículo. Con él hago una alusión directa al trabajo que acabo de señalar como el más importante de Luhmann sobre el tema que nos ocupa: *Die Realität der Massenmedien*. Este título encierra un doble sentido, que tiene su origen en el carácter socio-constructivista de la epistemología luhmanniana. Pues bien, con el título de este artículo intento justamente desplegar este doble sentido. Por un lado, aquello que habitualmente es tomado en la comunicación como la realidad (acerca de la cual se puede entonces comunicar) es un producto de los *media*, una realidad construida por éstos. Pero, por otro lado, esta construcción, por el hecho de serlo, no deja de ser "real", sino más bien todo lo

contrario. Por eso, indagar la realidad (social) de esta actividad constructiva es tarea fundamental de la sociología luhmanniana de la comunicación de masas.

LA TEORÍA DE LA SOCIEDAD MODERNA

En la teoría social de Niklas Luhmann, la sociedad aparece como un sistema cuyas unidades elementales son operaciones, y no elementos o componentes ya dados, preexistentes al sistema, y que éste se limita a ensamblar o relacionar entre sí. La operaciones en cuestión son comunicaciones¹. La sociedad, por tanto, no es una colectividad –un conjunto o agregado humano–, sino un sistema que produce comunicación –y es por ésta producida (y reproducida) como sistema². Ella no puede ser concebida como una colectividad, según Luhmann, porque entonces estaríamos diciendo que se compone de operaciones bioquímicas (del organismo humano) y psíquicas (de la conciencia humana), lo que equivaldría a construir un concepto inutilizable en el análisis social. Los fenómenos vitales o psíquicos no son en cuanto tales fenómenos sociales, pues sólo, por así decir, se socializan si se convierten en objeto o tema de comunicación. El cuándo y cómo puede ocurrir esto es algo que únicamente la sociedad misma –su sistema– puede determinar. A tal efecto, la sociedad tiene que proporcionar las correspondientes posibilidades de clasificación, formas lingüísticas y marcos de referencia, que permiten definir las situaciones comunicativas, propicias para la comunicación. Junto a ello, la sociedad ha de proveer a la comunicación de expectativas suficientemente sólidas acerca de lo que podemos esperar que otros puedan comprender y no, así como cuándo cabe esperar como reacción a ello el consenso (aceptación) y cuándo el disenso (rechazo). En cualquier otro caso –o sea, si no se dan con un mínimo de adecuación estas condiciones genuinamente sociales, comunicativas– un fenómeno bioquímico o psíquico queda reducido justamente a eso: a un fenómeno bioquímico o psíquico.

Para que cualquier acontecimiento encuentre eco social es precisa, pues, la comunicación, y ésta nos remite siempre al complejo entramado de estructuras e instituciones que configuran las condiciones previas y altamente selectivas que constituyen la sociedad.

Luhmann entendía que la enorme complejidad contenida incluso en la más sencilla de las sociedades mínimamente evolucionadas hace que su sistema –para poder producir, estructurar, institucionalizar y cambiar la comunicación– tenga que diferenciarse internamente. Si bien en sociología se habla de diferenciación en un sentido muy general, haciendo referencia a muchas cosas –estructuras sociales, roles, gustos, estilos de vida, etc.–, en el marco de la teorización luhmann-

¹ No puedo entrar aquí a desentrañar el sofisticado concepto luhmanniano de comunicación. Al respecto, me remito a Luhmann, 1998 (caps. 2 y 3) y 1998a.

² Es en este sentido que Luhmann tipifica a la sociedad y a los sistemas sociales en general como sistemas provistos de una organización *autopoietica* (autoprodutiva), porque en ellos no es posible distinguir entre producto y productor. Sobre el concepto de autopoiesis y su aplicación a la sociología, véase Luhmann, 1998 (cap. 3); y García Blanco, 1997.

niana, en cambio, todas las diferenciaciones sociales son entendidas como consecuencias de las diferenciaciones sistémicas (del sistema) de la sociedad.

La formación de un sistema es concebida por Luhmann como el producto de la materialización de una diferencia entre sistema y ambiente. Por ello, cuando habla de diferenciación siempre se refiere a aquello que, como consecuencia de la misma, aparecerá en lo sucesivo como ambiente. En el caso de la diferenciación de sistemas sociales, tal ambiente es el sistema general de la sociedad, y es a este caso —a la *diferenciación interna de la sociedad*, pues— al que ahora dedicaremos nuestra atención³.

La diferenciación de la sociedad, conforme a lo señalado, no consiste más que en la *formación recursiva de sistemas*, esto es, en la formación de sistemas dentro de otro sistema. Visto desde los subsistemas, el sistema mayor es ahora ambiente, por lo que, para cada uno de ellos, este último aparece como la unidad de la diferencia entre el subsistema correspondiente y su ambiente (el sistema general de la sociedad). "En otras palabras, la diferenciación [interna] de un sistema genera ambientes internos del mismo" (Luhmann, 1997: 597). Por ello, la diferenciación interna de la sociedad no puede ser entendida como la descomposición de un todo en partes, en virtud de la cual la sociedad podría ser concebida como algo compuesto por las partes y la forma de relación entre ellas. Lo que Luhmann entiende como resultado de la diferenciación es algo bastante más complejo; en concreto, que *cada subsistema* reconstruye el sistema global al que pertenece a través de su *propia y específica diferencia sistema/ambiente*.

El proceso de diferenciación interna de un sistema es resultado de su evolución, por lo que no puede presuponerse que tal proceso está coordinado por el sistema que se diferencia, tal y como sugiere el tradicional esquema todo / parte. Además, el proceso de diferenciación puede iniciarse en cualquier momento y lugar, y después reforzarse —la desviación que introduce— a través de un proceso de retroalimentación positiva. Así, por ejemplo, entre diversos núcleos de población se puede formar uno privilegiado, que luego, aprovechando las ventajas derivadas de la centralización, acaba produciendo una diferencia entre centro y periferia. Sólo entonces los núcleos periféricos se convierten en mundo rural, lo que significa que se configuran en relación con el hecho de que ahora hay un núcleo urbano central en el que es posible vivir de otra manera que en el campo.

Por otro lado, hemos de tener en cuenta la inadecuación de cualquier intento de fijar épocas evolutivas. La riqueza histórica de las sociedades (en especial de las premodernas) no sólo impide esto, sino que incluso hace difícil su mera clasificación. No obstante, Luhmann consideraba innegable que tanto una cierta distinción de tipos de sociedad como algunas secuencias de desarrollo —fundadas sobre adquisiciones evolutivas precedentes— pueden ser identificadas. Al efecto de abordar ambas cuestiones, el sociólogo alemán creía precisas ciertas determinaciones conceptuales, como fundamento de las cuales puso el concepto de *formas de diferenciación*.

³ Sobre la teoría de la diferenciación, y dentro de ella sobre la de carácter funcional, véase Luhmann, 1998: cap. 4.

Hablar de tales formas significa indicar cómo en un sistema global *se ordenan las relaciones entre los subsistemas*. Para entender con la debida precisión a lo que este concepto se refiere, es preciso distinguir entre relaciones sistema / ambiente y relaciones intersistémicas. El concepto de formas de diferenciación no hace referencia al modo en que el sistema global es reconstruido desde el punto de vista de los diversos subsistemas, ya que la totalidad de dichas reconstrucciones sería algo demasiado complejo para poder hacer las veces de principio conforme al cual ordenar las relaciones de diferenciación entre todos ellos –representaría una especie de retotalización de la sociedad dentro de sí misma. La determinación de las relaciones entre los subsistemas es una formulación mucho más simplificada, por lo que, según Luhmann, está en mejores condiciones de hacer las veces de estructura de la sociedad y, de esta manera, ordenar la comunicación.

El modo de ordenar las relaciones entre los sistemas que una sociedad establece como sus subsistemas primarios, por consiguiente, era para Luhmann la más importante estructura societal. En virtud de ello, Luhmann sostenía que es posible distinguir diferentes *tipos de sociedad según sea la forma de diferenciación de subsistemas que en una concreta sociedad ostenta la primacía* –lo que equivale a decir que es ella la que regula las posibilidades de activación de las otras. En este sentido, y prescindiendo de las primeras sociedades –que probablemente estaban orientadas sólo por las diferencias naturales de edad y sexo, viviendo por lo demás como hordas–, Luhmann identificó cuatro formas de diferenciación, que habrían dado origen a otros tantos grandes tipos de sociedad:

1. La *diferenciación segmentaria*, que es la propia de las *sociedades arcaicas o tribales*. Esta forma de diferenciación está caracterizada por la *igualdad* de los subsistemas de la sociedad, que se distinguen sobre la base de la descendencia y/o de las comunidades territoriales. A causa de la homología de los subsistemas resultantes, la diferencia entre los ambientes intrasociales que cada uno de ellos distingue es muy pequeña también. Por todo ello, la sociedad, como totalidad de sus subsistemas y como conjunto de sus ambientes específicos, alcanza una complejidad bastante reducida –en comparación con sus sucesoras.
2. Las *sociedades diferenciadas en un centro (de la vida social) y su periferia*, que se apoyan sobre una desigualdad (de emplazamientos poblacionales) para distribuir a ambos lados de la diferencia (centro/periferia) a los distintos segmentos de parentesco, con lo que se rompe la segmentación territorial "igualitaria" y se trasciende la relativa a la descendencia.
3. Las *sociedades estratificadas*, basadas en una desigualdad de rango de los subsistemas, así convertidos en estratos. La estructura fundamental de estas sociedades reside también en una diferencia entre dos caras: en una de ellas está la nobleza y en la otra el pueblo llano. Pero articulada sobre una diferencia entre dos únicos estratos, la sociedad sería poco estable, por lo que la constitución de órdenes estratificatorios suficientemente sólidos y duraderos –como el de la sociedad de castas o el de la sociedad estamental de la baja Edad Media europea– exigió el recurso a jerarquías sociales integradas por al menos tres rangos.

4. La *diferenciación funcional*, caracterizada por la *desigualdad* y a la vez *igualdad* de los subsistemas, sería la forma primaria de diferenciación de la *sociedad moderna*. En cuanto sistemas funcionales, los subsistemas primarios de la sociedad son iguales en su desigualdad. Ahora no hay una única desigualdad (como en el caso de la diferencia centro / periferia), ni tampoco una forma social general en la que puedan fijarse relaciones jerárquicas (y por ello transitivas) entre todas las desigualdades (como en el caso de la diferenciación estratificatoria), sino *relaciones circulares entre los subsistemas*.

Debe quedar claro también que, para Luhmann, *las formas de diferenciación de la sociedad son también las de su integración*. La sociedad no se integra porque se le imponga su unidad en forma de algún tipo de imperativo (norma) consensual. Su integración como una unidad es algo que ocurre a modo de reconstrucción de tal unidad como diferencia. En las sociedades diferenciadas primariamente en forma estratificatoria, por ejemplo, esta reconstrucción se producía en forma de jerarquía, pues la unidad de la sociedad como sistema era reintroducida en la sociedad como una diferencia de rango. Y ello tenía un doble significado: por una parte, se daba a cada capa social un rango, de manera que participaba en la sociedad por medio de la diferencia (con respecto al rango de otras capas sociales); por otra parte, la misma diferencia se utilizaba para representar la unidad en forma de un rango supremo en el vértice de la sociedad. En virtud de ello, la sociedad era unidad como diferencia: como diferencia que permitía la representación de la unidad del sistema societal por medio de la *maior et sanior pars*.

Pero cuando la forma primaria de diferenciación de la sociedad pasa a ser la funcional, la semántica de la jerarquía pierde toda su plausibilidad. Ningún sistema funcional –ni siquiera el político– puede reconstruir una jerarquía societal y ocupar su vértice. La moderna sociedad funcionalmente diferenciada, en consecuencia, no puede representarse su propia unidad, ya que ello estaría en total contradicción con la lógica de la diferenciación funcional. El resultado de ello es *una sociedad sin vértice y sin centro*, en la que, si bien cada comunicación, cada proceso comunicativo estructurado y cada subsistema participa de la sociedad –es sociedad–, ninguna de tales instancias puede captar la existencia de la sociedad como sistema global.

Por consiguiente, es la forma de diferenciación en cada momento dominante lo que, según Luhmann, regula el modo en que la unidad de la sociedad puede ser observada dentro la sociedad, así como lo que determina aquello en lo que únicamente puede cifrarse la integración de la misma: la restricción de los grados de libertad de sus subsistemas (Luhmann, 1997: 603). Tal restricción resulta de la servidumbre que estos últimos mantienen con la sociedad a efectos de obtener unos límites externos (con respecto a la naturaleza y la conciencia) y un ambiente interno (societal).

Esta conceptualización del problema de la integración conduce a un diagnóstico del mismo en la moderna sociedad funcionalmente diferenciada completamente opuesto al de la sociología clásica, en particular al realizado por Durkheim. Para éste, como es sabido, la progresiva sustitución de la homogeneidad por la heterogeneidad en el proceso histórico no podía significar la total indiferencia entre las partes, pues la heterogeneidad requiere una formulación de las perspectivas de unidad ("solidaridad"). Por ello, la sociedad moderna aparecía desintegrada (anómica), ya que

en el interior de ésta no puede producirse ya acuerdo sobre el contenido de algún principio unitario (de "solidaridad").

En cambio, entendida como reducción de los grados de libertad de los subsistemas, la integración no es indicativa de un estado mejor que la desintegración, ya que entonces no hace referencia a una perspectiva de unidad ni, menos aún, a una cuestión de "obediencia" a instancias centrales o superiores de la sociedad⁴. El problema de la moderna sociedad funcionalmente diferenciada sería, precisamente, que está demasiado integrada. En el funcionamiento de sus sistemas funcionales obtiene, desde luego, una estabilidad muy elevada, ya que todo aquello que es compatible con el mismo es admitido. Pero al mismo tiempo está sometida a un nivel de autoperturbación incomparablemente mayor que cualquier otra sociedad anterior, debido al crecimiento simultáneo de la dependencia y la independencia entre los subsistemas, resultante de la diferenciación funcional. Los subsistemas están sometidos a una constante irritación mutua, pero la sociedad no puede intervenir de manera directa —en cuanto sistema global— ni indirecta —a través de alguno de ellos— para regular de forma eficaz cuanto acontece en su interior. De este modo, los subsistemas deben movilizar cada vez más recursos para el desacuerdo y distraerlos de otros usos alternativos, por lo que, en esta materia, Luhmann no creía que el problema de una sociedad compleja consista en ver cómo se puede alcanzar una mayor integración entre sus subsistemas, sino, por el contrario, en ver la manera de conseguir un grado suficiente de desintegración entre ellos.

A diferencia del funcionalismo clásico, que pensaba que la teoría social podía deducir un catálogo de funciones, la teorización funcional luhmanniana procede en este punto *inductivamente*; es decir, realiza una especie de experimento intelectual, para ver en qué habrían de cambiar las estructuras del sistema global de la sociedad si ésta debiera continuar su reproducción sin el desempeño de ciertas funciones. Por ello, Luhmann no mantuvo la concepción funcionalista tradicional (al "estilo Parsons"), según la cual las funciones eran prerequisites del sistema de la sociedad —o sea, presupuestos de su estabilidad. Para Luhmann, una *función* no era más que *un problema de referencia*, que debe ser abordado por la sociedad de una manera u otra (o sea, directa o indirectamente; convirtiéndolo en foco de un sistema social diferenciado al efecto o abordándolo de manera subordinada a las exigencias de una forma no funcional de diferenciación dominante), si es que la sociedad ha de poder mantener un determinado nivel evolutivo y ser capaz de atender también otras funciones.

Por consiguiente, hablar de *funciones societales* como punto de referencia de la forma de diferenciación de la sociedad significaba para Luhmann, solamente, remitirse a *problemas de la sociedad*, no a la *autoconservación de un sistema funcional*. Lleve o no a la diferenciación de una específica relación sistema/ambiente dentro de la sociedad, la función así entendida existe y tiene que ser servida siempre. La diferenciación funcional solamente implica que los subsistemas de la socie-

⁴ Además, la reducción de los grados de libertad se da tanto en la cooperación como en el conflicto. Es más, el carácter fuertemente reductivo del conflicto en el plano estructural lo convierte en una forma de comunicación mucho más integrativa que la de carácter cooperativo.

dad se delimitan ahora como monopolizadores de una concreta función, lo que a su vez comporta dos cosas en relación con su ambiente intrasocietal: que cada uno de ellos lo entiende de manera diversa y que todos ellos lo ven como funcionalmente incompetente⁵. En otras palabras: mediante la diferenciación funcional no sólo se acentúa la diferencia entre los diversos problemas de referencia, sino que esta diferencia aparece diversa, dependiendo de la concreta distinción entre subsistema funcional y ambiente intrasocietal a la que sea referida.

En virtud de ello, en el marco de la forma funcional de diferenciación se hace patente que en una sociedad internamente diferenciada *toda transformación representa una realidad múltiple*, ya que cada transformación de un subsistema es, a la vez, una transformación del ambiente de los otros subsistemas; es decir, todo lo que ocurre, ocurre varias veces, y ello a pesar de que, para todos los sistemas implicados, el suceso ocurrido es uno y el mismo.

Además, la diferenciación de un subsistema para cada función comporta que, para cada subsistema, la función correspondiente se antepone a todas las demás. Pero *esta primacía funcional no puede ser institucionalizada ni impuesta al conjunto de la sociedad en forma de una jerarquía funcional universalmente válida* (de "control cibernético", que diría Parsons). Así, sólo para la ciencia es más importante la discriminación entre verdad y falsedad que cualquier otra cosa; únicamente para la política es lo más importante el éxito político (como quiera que el mismo se operacionalice); y solamente la economía subordina cualquier otra consideración a las metas económicas, sean éstas el crecimiento de la producción, el de la cifra de ventas o la maximización de los beneficios. En otras palabras: una sociedad funcionalmente diferenciada puede admitir y no admitir, al mismo tiempo, una jerarquización de las funciones, dependiendo de la referencia sistémica de la operación. Cada subsistema puede –podríamos decir incluso que ha de– hipostasiar su función en relación con todas las demás; pero a nivel de la sociedad global el orden de preferencia de las funciones no está reglado. Por lo demás, esta "falta de regla", desde cualquier punto de vista, no sólo admite sino que hasta hace probable que no todas las funciones tengan que ser consideradas igualmente importantes, y que pueda haber tendencias a considerar como especialmente importantes determinados ámbitos funcionales, como por ejemplo el de la economía.

Así pues, "la diferenciación funcional significa que el punto de vista de la *unidad*, según el cual se ha diferenciado externamente una *diferencia* entre sistema y ambiente, reside en la *función* que el sistema externamente diferenciado (y por tanto no su ambiente) desempeña para la sociedad" (Luhmann 1997, p. 745s.). Ahora, cada subsistema puede afirmar que representa a la sociedad, si bien sólo para su ámbito funcional específico. El resultado ya lo hemos mencionado anteriormente: una sociedad en la que ya no son posibles reducciones a vértices o centros que puedan representar internamente su unidad, o sea, una sociedad policontextural.

⁵ Así, por ejemplo, para el derecho su ambiente es jurídicamente incompetente, pero en modo alguno económicamente incompetente, científicamente incompetente, etc.

Sobre la base de su primacía funcional, los subsistemas alcanzan su cierre operativo, formando sistemas autónomos dentro del sistema mayor de la sociedad. Ahora bien, esto no quiere decir que los subsistemas no dependan de la sociedad, sino sólo que cada subsistema puede cerrarse recursivamente y reproducir sus operaciones mediante la red de sus propias operaciones, para lo cual es imprescindible que su función se convierta en el punto de referencia inconfundible de su autorreferencia. Pero para que todo esto pueda llevarse a cabo no es suficiente la orientación funcional. A ella se debe añadir una *codificación binaria* –una "distinción directora" (Luhmann, 1987)– cuya función justamente consiste en asegurar la continuidad del sistema e impedir que pueda quedar trabado en la persecución de un determinado fin. Como es evidente, al hacer este planteamiento lo que Luhmann está afirmando es que los sistemas funcionales no son sistemas teleológicos. Al referir todas sus operaciones a un código binario, y siempre que con una operación se pase de un valor a otro del código en cuestión, aseguran su continuidad. Por lo tanto, como códigos binarios que son, los códigos funcionales son *formas que facilitan el cruce entre sus dos lados* (del valor al contravalor).

Dada esta condición, los códigos funcionales no pueden entenderse como representaciones de la sola realidad del valor positivo, pues son simples *reglas de duplicación* que, para todo aquello que aparece en su ámbito de aplicación como información, disponen de un valor positivo y otro negativo (verdadero/no verdadero, amado/no amado, tener/no tener, gobierno/oposición, etc.). Así, todo lo que puede ser comprendido en la forma del código aparece como contingente, como posible de otro modo, y de ello surge la necesidad operativa de disponer de *programas*; es decir, de reglas decisorias que establecen las condiciones en las que el valor o el contravalor de un código puede ser aplicado de manera correcta o incorrecta. Y es esta distinción entre códigos y programas lo que, en lo esencial, estructura el funcionamiento de los sistemas funcionales de un modo inconfundible e inasequible a cualquier semántica teleológica, a toda idea de perfección, así como a los ideales o referencias de valor ancladas en la tradición.

Según Luhmann, la codificación binaria y la programática correspondientes son, además, lo que hace posible diferenciar en el plano práctico con la suficiente univocidad funcional qué operaciones pertenecen al sistema, de forma que sea posible delimitarlo externamente. Como cualquiera puede observar fácilmente, desde un punto de vista causal todo sistema funcional es *tanto dependiente como independiente del ambiente*. Recurriendo a una vieja fórmula de la teoría de sistemas, podríamos decir que es dependiente con respecto a la "energía" e independiente por lo que se refiere a la "información". La cualidad distintiva de cada operación elemental de un sistema funcional se fundamenta en que está constituida dentro del ámbito de contingencia de un específico código, y no en el hecho de que indique su valor positivo. Así, por ejemplo, también lo ilegal está determinado por medio del derecho, y la falsedad a través de la ciencia. Un código funcional lo único que excluye son terceras posibilidades. De esta manera, con cada una de sus operaciones el sistema reproduce su código binario (junto a la exclusión de terceros valores) y desempeña su función.

El cierre operativo de los sistemas funcionales, por otro lado, no excluye que ciertos eventos sean identificados en varios sistemas a la vez ni que un observador pueda verlos después como unidades. Los pagos con dinero, por ejemplo, sirven para hacer frente a muchos deberes jurídicos,

y en todos los casos modifican la situación jurídica referida a la propiedad⁶. No obstante, estos eventos que tienen lugar en varios subsistemas a la vez obtienen su identidad gracias al concreto entramado recursivo que los produce como unidad y, por ello, les proporciona un pasado y un futuro propios e intransferibles. Así, la procedencia del dinero y el uso que luego hará de él quien lo recibe no tienen nada que ver con el aspecto jurídico de la transacción. Dicho en pocas palabras: "Sólo la recursividad del contexto de las operaciones realizadas por cada uno de los sistemas identifica la operación como unidad" (Luhmann, 1997: 754).

Por lo demás, como en cualquier sistema social, también en el caso de los sistemas funcionales su funcionamiento tiene el carácter de una alternativa: si se reproducen las operaciones en las que consiste, se perpetúa el sistema; si ellas no se reproducen, éste dejará de existir. Para la continuidad del sistema es suficiente la simple capacidad de hacer efectiva en sus operaciones la diferencia entre *autorreferencia* (referencia a sí mismo) y *heterorreferencia* (referencia al ambiente), lo que implica que se trata de una distinción "transversal" con respecto al código binario de un sistema funcional. Ambas referencias, por tanto, pueden ser asumidas por los dos valores del código, ya que no hay ninguna relación privativa entre el valor positivo de éste y la heterorreferencia⁷, tal y como postulaban las antiguas teorías sistémicas y evolucionistas a través del concepto de adaptación⁸.

Esta combinación de teoría de sistemas y teoría de la diferenciación funcional puede ser resumida –a efectos de proporcionar una formulación abreviada de la identidad de la sociedad moderna– con la expresión renuncia a la *redundancia* o a la *multifuncionalidad*; es decir, renuncia (o pérdida) de sistemas e instituciones –como las familias tradicionales, extensas– que atienden a la vez, de manera redundante, varias funciones. Como resultado de ello, la sociedad consigue un nivel de complejidad inalcanzable para sociedades en las que priman otras formas de diferenciación (segmentaria, centro / periferia o estratificatoria), y en las que tal redundancia era muy característica. Pero con dicha adquisición evolutiva vienen asociados también un gran número de problemas antes desconocidos, entre los que se encuentra, por ejemplo, la creciente sustitución de la amenaza que para anteriores sociedades representaba la naturaleza por la autoamaneza ecológica de la sociedad moderna.

⁶ Este fenómeno expresa un acoplamiento operativo que está condicionado por el hecho de que la propiedad y el contrato sirven para acoplar estructuralmente derecho y economía; es decir, son instituciones que permiten que entre estos dos sistemas funcionales se produzcan regularmente perturbaciones y estímulos recíprocos.

⁷ Así, el derecho no puede operar como sistema (funcional) diferenciado si confunde continuamente los deberes jurídicos con simples deseos o con deberes morales; del mismo modo, si se confunden sin intermisión los criterios de eficiencia con los de eficacia (que es un estándar político) o con la benevolencia, la economía dejará de reproducirse como sistema diferenciado.

⁸ De acuerdo con esta idea, el derecho, por ejemplo, no puede seguir siendo concebido como un instrumento para la tutela de los intereses (heterorreferencia), ya que hay tanto intereses conformes al derecho como intereses que representan una ilegalidad; del mismo modo que algunas aplicaciones de conceptos jurídicos (autorreferencia) son conformes a derecho, mientras que otras representan una violación de éste. En el caso de la economía, esto comporta que la misma no puede entenderse como un instrumento para la satisfacción de necesidades (heterorreferencia), ya que no toda necesidad sentida e incluso expresada es económicamente atendible; e igualmente, no toda operación que pretenda ser (e incluso sea) rentable (autorreferencia) implica necesariamente una asignación eficiente de los recursos escasos –desde un punto de vista agregado, al menos.

Los subsistemas funcionales pueden desarrollar sólo sus respectivas funciones, lo que implica que *ninguno de ellos puede intervenir en el lugar de otro* en caso de emergencia. Para ilustrar esta proposición podemos pensar en el caso de la relación entre política y economía. Si bien es evidente que el buen funcionamiento de la economía es algo muy relevante políticamente –ya que, como sabemos, de él depende en gran medida el éxito político–, por mucho que el sistema político actúe como si realmente pudiese controlar la economía –y, además, generalmente en virtud de ello sea valorado–, lo cierto es que él no puede asegurar de modo efectivo el buen funcionamiento de la misma –lo que en modo alguno quiere decir que las decisiones políticas sean irrelevantes y/o inocuas para el devenir económico, sino más bien todo lo contrario.

Este *crecimiento del grado de perturbabilidad a nivel del conjunto de la sociedad* no es más que el resultado del incremento de las recíprocas dependencias e independencias entre los subsistemas que caracteriza a una sociedad funcionalmente diferenciada, el cual, en opinión del sociólogo alemán, sólo podría ser compensado en una medida significativa por la *flexibilidad de los propios subsistemas funcionales*. Ejemplos de tal flexibilidad los representan, en la economía, el desarrollo del mecanismo crediticio y el endeudamiento, y a partir de ellos de unos mercados financieros cada vez más mundializados; en el caso del sistema jurídico, la libertad contractual y la positivización del derecho; o, en el del sistema científico, la libertad en la elección de temas de investigación dentro de los programas teóricos y metodológicos a los que la ciencia debe su alta capacidad de reacción. En contraste con estos ejemplos de flexibilidad, también pueden encontrarse otros de rigidez, especialmente la del sistema político, que se refleja, entre otras cosas, en el mantenimiento de referencias prácticas y teóricas tan clásicas (y crecientemente obsoletas) como la proporcionada por la noción de soberanía. En vista de todo ello, Luhmann entendía que la conexión entre renuncia a la redundancia y adquisición de complejidad privilegia a ciertos subsistemas y perjudica a otros, por lo que tal fenómeno es la causa principal de uno de los rasgos más sobresalientes (y problemáticos) de nuestra sociedad: su evolución desequilibrada.

En un plano más formal, este crecimiento de la complejidad social puede interpretarse como una *expansión*, a través de diferenciaciones funcionales, *de la sociedad hacia su interior*. En virtud de estas diferenciaciones aumentan la densidad y variedad de la comunicación, con lo que la sociedad se hace más compleja, tanto operativa como observacionalmente. Así, los mercados modernos son capaces de procesar muchísimas más informaciones que cualquier agregado (por grande que el mismo sea) de balances realizados por organizaciones públicas y privadas. De la misma manera, la democracia moderna genera una capacidad de politización de tantos temas como no podría haber imaginado ni el más sofisticado de los déspotas ilustrados o la más desarrollada de las antiguas burocracias imperiales.

Estas adquisiciones estructurales de complejidad se ven acompañadas, además, por las correspondientes *adquisiciones semánticas*. En este sentido, Luhmann destaca la multiplicación, en el ámbito de la dimensión "objetiva", de los temas de comunicación, así como la mayor facilidad para descomponerlos y recombinarlos por medio de contribuciones cada vez más variadas. En la dimensión temporal, a su vez, aumenta la tolerancia hacia las diferencias entre pasado y futuro, lo que hace posibles más modificaciones, pero con ello también se dificulta la sincronización social.

El futuro, que parece ser susceptible de previsión y planificación, ve cómo sus horizontes se retraen y se van aproximando cada vez más al presente. Por ello, el pasado (o mejor, los pasados) pierde(n) más y más autoridad, en beneficio de las modas, que orientan cada vez más los destinos de las distintas generaciones crecidas en una sociedad a la que, por ello, bien puede tipificarse como una "sociedad de lo efímero".

LA OPINIÓN PÚBLICA Y LA CONSTRUCCIÓN DE SU REALIDAD

Al hablar de *mass media*, en el marco de la teoría social luhmanniana, es preciso distinguir cuidadosamente las diversas perspectivas que confluyen alrededor de este rótulo. Así, de un "medio" habla Luhmann cuando se trata de hacer referencia a una masa de elementos laxamente acoplados entre sí, que están disponibles para diversas conformaciones, en las que se acoplan de modo más estricto. En relación al tema aquí tratado, un "medio" en este sentido es la opinión pública, y lo es tanto si se la entiende en términos psíquicos –a modo de potencial de atención difusamente disperso en las conciencias individuales–, como si se la entiende socialmente –a modo de contribuciones a los temas de la comunicación–, pues en ambos sentidos se trata de una gran cantidad de elementos cuya conformación consiste en el conocerse, divulgarse o difundirse –o en el poder suponer tal conocimiento, divulgación o difusión. Esa conformación es obra de los *mass media*. Éstos, por tanto, no "transmiten" nada, sino que se limitan a acoplar estrictamente este "medio" que emerge y evoluciona con ellos. Su efectividad en la realización de esta tarea descansa sobre "un largo proceso de aprendizaje en tratar con el medio en cuestión, pero no puede tomarse como rasero de la misma lo que el público realmente piensa. Tal efectividad consiste sólo en la capacidad de acoplar y desacoplar el medio, y con ello poner a funcionar un determinado tipo de comunicación" (Luhmann, 1990: 176).

El término opinión pública, en su sentido moderno, es datado por Luhmann en el siglo XVIII (Luhmann, 1990: 172 ss.). Pues bien, frente a expectativas y hasta esperanzas discursivo-racionalistas asociadas a dicho término a lo largo de dicho siglo y el siguiente, Luhmann creía que la opinión pública no selecciona de una manera racional (o sea, conforme a la razón). Es más, la auténtica modernidad de la opinión devenida pública reside, según él, en algo que la asimila al mercado: en que no genera unidad alguna. Su contribución a la reproducción de la sociedad no consistiría, pues, en su capacidad de formular un consenso acerca de lo que la sociedad es o debe ser, sino en hacer posible una observación de segundo orden; es decir, en posibilitar la observación (por parte de unos) de observaciones (realizadas por otros).

Por eso, cualquier situación momentáneamente convertida en tema de atención de la opinión pública se convierte en punto de apoyo para la aparición de diferencias, cuando no es entendida ella misma como diferencia. Esto se hace evidente cuando se pasa de una simple descripción a un análisis en profundidad de aquellos factores que regulan cómo se produce lo que cuenta como opinión pública. Como esta producción tiene lugar por medio de procesos selectivos muy específicos, sus resultados no pueden escaparse a la contingencia, ni, sobre todo, excluir la posibilidad de llegar a otras valoraciones diferentes a partir de ellos.

La selectividad de lo que, en virtud de la eficacia de los *mass media*, vale como opinión pública, puede analizarse más detalladamente en tres sentidos (Luhmann, 1996: 58 ss.). En sentido "objetivo", la selectividad mediática privilegia la cuantificación. Las catástrofes, por ejemplo, son mucho más y mejor noticiables cuando producen cantidades extraordinarias (de víctimas o de pérdidas económicas). Del mismo modo, una fuerte subida o un gran descenso de la tasa de paro o de los índices bursátiles es mucho más noticiable que leves oscilaciones de una u otros.

La consecuencia de ello, sostiene Luhmann, es una especie de "habitual depresión estadística". Todo aumento, visto a la inversa, es a la vez una disminución de lo que había antes. Si el crecimiento económico es noticia, lo es porque no se está ya satisfecho con los niveles de producción y renta que unos años atrás podían ser los normales. Incluso una ralentización del crecimiento es una mala noticia. Un retorno a los valores que poco tiempo antes eran satisfactorios es considerado un retroceso en virtud de esta "paradoja del más = menos" (Luhmann, 1997: 1100).

A modo de contrapeso de esta abstracción cuantitativa, los *mass media* tienen una gran predilección por la referenciación local y personal de las informaciones. De este modo, la paradoja a la que acabamos de referirnos se disuelve en una especie de "propensión identificatoria", lo que suele conducir a la adopción de perspectivas etnocéntricas y a la sobrevaloración del significado de personas concretas para la dramaturgia de los acontecimientos.

En sentido temporal, toda noticia ha de cumplir el requisito de ser novedosa; es decir, tiene que tratarse de un acontecer con un mínimo valor sorpresivo, pues en otro caso su valor informativo descende drásticamente. "Lo que se imprime [en las rotativas] o se emite, tiene que valer como nuevo frente a lo existente [y en cuanto tal sabido], para tener valor comunicativo. La actualidad es *conditio sine qua non*, condición selectiva" (Luhmann, 1981: 317). La misma profundidad temporal de la noticia (su historia y sus probables consecuencias) se organiza a partir de ello.

En sentido social, la selectividad favorece los acontecimientos con perfiles conflictivos; eso sí, presentándolos siempre en la perspectiva de que se ha de llegar a un entendimiento. Por eso, señala con agudeza Luhmann, en su presentación pública la conflictividad va de la mano de las valoraciones morales, que renuevan a cada momento la ilusión de que siempre hay reglas para solucionar cualquier conflicto⁹.

Estos tres dispositivos selectivos cooperan fortaleciendo la inquietud. Esto, como es obvio, no significa que Luhmann creyera que las conciencias de los lectores de diarios, oyentes de la radio y espectadores televisivos se mantengan en estado de inquietud. Pero en el nivel de lo que se comunica y es comunicativamente sostenible, la sociedad es como si hubiera devenido una gran máquina autoalarmadora, que necesitara estar proveyéndose constantemente de inquietud. Por eso decía Luhmann que la moderna sociedad funcionalmente diferenciada –y como tal globalizada o mun-

⁹ Sobre otros "selectores" complementarios, cuyo análisis haría demasiado prolija la exposición, véase el capítulo 5 de Luhmann (1996).

dializada— reproduce en su seno la esquizofrenia del doble deseo: por un lado, estimula de manera continua su propio cambio e inquietud, pero, por otro, necesita sentirse segura acerca de las consecuencias de ello. Y para esta esquizofrenia crea la figura del espectador o lector a la vez interesado (por informado o deseoso de informarse) y desinteresado (por personalmente ajeno).

Con un ejemplo quizá podamos ver todo esto más claro. Se trata de la manera en que las cuestiones ecológicas, en particular las de orden catastrófico, alcanzan un lugar prominente entre los temas que ocupan a la opinión pública, como en España acabamos de comprobar con la "catástrofe del Prestige". La alta velocidad con que aparecen y se difunden estas cuestiones depende sobre todo del *modus operandi* de los *mass media*, aunque también está relacionada con la actividad de los movimientos de protesta —a dichos medios tan cercanos, desde el punto de vista del modo de operar. Varios son los criterios selectivos que se unen a tal efecto: grandes cantidades (de petróleo derramado, de litoral afectado, de pérdidas económicas), continua reproducción/realimentación de la crisis (las sucesivas oleadas de "chapapote" que inundan las costas del noroeste peninsular), un suceso debido a causas técnicas —y por lo tanto contingente—, y no por último la posibilidad de conflictos ideológicos y políticos acerca del modo más adecuado de hacer frente a la catástrofe. A todo ello se añade la presión local y la atención supralocal, así como el carácter en buena medida invisible de las amenazas que se ciernen a medio y largo plazo (repercusiones sobre los ecosistemas de las sustancias nocivas depositadas en el mar, recuperación de los restos del buque y su carga contaminante, efectos directos e indirectos sobre las actividades pesqueras y el turismo, etc.). Por otra parte, justo estas condiciones que acabamos de describir determinan también aquello de lo que no se informa, y que de este modo queda en la penumbra. Esto afecta, por encima de todo, a las fuerzas y dinámicas de carácter cada vez más global que favorecen este tipo sucesos catastróficos (por ejemplo, la deficiente regulación internacional del transporte marítimo, en particular el control de las condiciones operativas y de seguridad de los buques transportadores de mercancías peligrosas, o el derecho de daños relativo al tráfico de estas mercancías). La manera característica que tienen los *mass media* de tratar este tipo de sucesos tiende a favorecer el alarmismo y trancar la profundización en los problemas de fondo, a la vez que produce la sensación de que nuevas catástrofes similares son esperables, generando de tal forma en el espectador, oyente y/o lector individual un sentimiento de imprevisión y abandono, que es el caldo de cultivo ideal para el florecimiento de movimientos de protesta (tipo *Nunca Mais*), en cuyas manos no está hacer mucho más que exigir otra forma de actuar de los gobernantes (a nivel local y nacional).

El *tempo* con el que operan los *mass media* excluye que las opiniones preexistentes entre el público puedan ser atendidas. Por eso, a este respecto, han de recurrir a suposiciones, lo que significa que, a fin de cuentas, los media son verdaderos generadores de profecías que se cumplen a sí mismas. Como dice Luhmann, operan en gran medida de forma "autoinspirativa": leyendo sus propias noticias, oyendo y/o viendo sus propias emisiones. Para operar así deben suponer que existe un grado suficientemente alto de uniformidad moral, lo que les permite, además, informar continuamente sobre el incumplimiento de normas, escándalos y otras anomalías. Los inevitables cambios de las cosas son habitualmente tenidos en cuenta con una fórmula tan elástica como poco explicativa: la del "cambio de valores". Pero de lo que nunca se da cuenta (¿ni se puede dar?) es de la parte que en todo esto les toca a los propios *media*. De ahí que Luhmann creyera perfectamente razonable hablar de la producción de "valores propios" (en el sentido de los *Eigenvalues* matemático-estadísticos), esto

es, de ajustes o adaptaciones relativamente estables que aparecen cuando una operación se aplica de manera recursiva a sus propios resultados.

El producto de este funcionamiento recursivo de los *mass media* es la constitución de lo único que hoy puede denominarse con fundamento empírico suficiente "opinión pública", a saber: una inmensa redundancia informativa, que hace innecesario preguntarse lo que cada concreto individuo sabe y piensa. Gracias a ello, y a pesar de nuestras atomizadas existencias individuales, la única alternativa que cabe es la de suponer que todos estamos igualmente informados; es decir, que participamos de una realidad común y que se basta a sí misma.

Ahora bien, para conseguir producir este resultado, los *media* no pueden dejar traslucir que su realidad es una realidad producida a partir de selecciones. En otras palabras, para operar funcionalmente, los *mass media* deben producir la ilusión de ser observador de primer orden (directo), aunque uno lo sea en realidad de segundo. La necesidad de esta ilusión procede de que en otro caso no se produciría el efecto de un contacto entre los mundos no ya individuales sino extremadamente individualizados de los lectores, oyentes o espectadores. Aunque se sabe que se trata de comunicación, la función de los *mass media* requiere que, normalmente, ello no sea percibido en el momento de leer un diario, oír un programa de radio o ver un informativo en televisión.

Si éste es el producto primero y principal de las operaciones de los *mass media*, entonces la posibilidad de la personalización de su comunicación característicamente anónima tiene que ser neutralizada, o por lo menos muy dificultosa. Lo que cuenta e interesa es lo común y general, no lo diverso y particular. Pero esta generalización, anonimidad, no vale sólo para la difusión de información, pues se da también en las otras formas de comunicación características de los *mass media*. Veamos, brevemente, cómo esto es así también en la producción de entretenimiento.

Para una mejor comprensión, expondré antes qué entendía Luhmann por entretenimiento. Para cualquiera es evidente que no es lo mismo ver un film para entretenerse que hacerlo para formarse un juicio estético acerca del mismo. Quien quiere entretenerse (o mejor, ser entretenido), delega en otro la responsabilidad por la continuidad del proceso comunicativo, se deja llevar por éste y no se siente directamente aludido, por así decir. Cuando de entretenerse se trata, uno, por lo común, no interviene en el curso de los acontecimientos, ni busca obtener del mismo información para sus propios asuntos. El espectador que busca entretenimiento no asume responsabilidades ni se siente (desde este punto de vista) preocupado. Entretenimiento, en consecuencia, significa "no buscar ni encontrar oportunidad para contestar a la comunicación con comunicación" (Luhmann, 1996: 107).

El sentido del entretenimiento reside, pues, en esta descarga y distanciamiento de los hechos y condicionamientos de la vida cotidiana "seria". Lo que sucede en una novela o en un film tiene lugar en un mundo ficticio y específicamente comunicativo, al que sólo puede accederse si uno se distancia y desconecta del mundo "real" –que sólo vale como tal a distinción y por contraposición con aquel otro ficticio, pero no por ello irreal, en el sentido de inexistente. Las condiciones sociales para que pueda existir el mundo de la ficción moderna –o sea, carente de referencias mitológicas (directas y constituyentes) o morales– son variadas y complejas, y sólo empiezan a darse en

grado suficiente en el siglo XVIII. Con él se pone en marcha una comunicación en la que no sólo es innecesario responder a la comunicación o posicionarse, sino que lo característico es precisamente esto: no responder ni posicionarse. Quien lee, oye o ve algo para entretenerse, valora sólo si lo que lee, oye o ve es o no es de su agrado, y no necesita pronunciarse sobre la calidad del trabajo que hay en ello (pues esto ya conduciría al campo de la comunicación artística). De lo que se trata aquí es de la capacidad de absorber la atención del lector, oyente o espectador.

También aquí nos encontramos, como vemos, ante un tipo de comunicación que sólo en una parte muy pequeña puede ser personalizada por el destinatario o receptor. De hecho, la posibilidad de la intervención de este último es prácticamente ignorada –todo lo más se organiza como mero simulacro. El sentido del entretenimiento se perdería si él tuviera que decidir efectivamente acerca del curso de los acontecimientos, o si hubiera de sacar alguna lección del mismo para la vida "seria" ("real"). Por eso, para poder servir de entretenimiento, una ficción no puede ser percibida como si estuviera dirigida a alguien en concreto. Ella debe ir dirigida a todos en general y a nadie en particular.

Retornando a nuestro tema principal, podemos resumir lo ya expuesto en este apartado en la tesis de que, a cada instante y con cada noticia que difunden, los *mass media* consolidan lo que vale como sabido para la sociedad. Produciendo así hechos que pueden ser tratados luego como tales en los más diversos ámbitos y círculos sociales, los *media* llevan a cabo una continua absorción de incertidumbre, si bien al hacerlo dejan siempre un espacio suficiente para la controversia y el disenso. Con sus operaciones se trata no sólo de generar un consenso mínimo acerca de qué es la realidad (significativa, relevante para la sociedad), sino de hacerlo de un modo y manera que combina muy peculiarmente necesidad y falta de obligatoriedad. Y en esta su forma característica de producir "valores propios", los *mass media* apenas si tienen competencia. La ciencia, por ejemplo, por su misma metodología, aspira a neutralizar las diferencias de observación y producir una única (por verdadera) imagen del mundo –si bien ésta es siempre criticable y revisable.

De forma casi inadvertida, en este proceso de difusión de la información que llevan a cabo los *mass media* también se condensan estructuras que sirven para facilitar el acoplamiento entre individuo y sociedad (Luhmann, 1996: 190 ss.). A este respecto, Luhmann concede especial importancia a la identificación, a las atribuciones causales y a la predilección por la atribución intencional. Con todo ello, la conducta humana puede ser descrita como acción y, dado el caso, valorarla política o moralmente. Estas esquematizaciones dejan más o menos abierto cómo conducirse ante aquello de lo que uno ha sido informado, así como qué es lo que de ello se recuerda y lo que se olvida. Por lo tanto, la opinión pública no sólo es una masa enorme de informaciones –aunque sometida a continua renovación y expuesta a constantes olvidos–, sino también una instancia fundamental de socialización (entendida como capacitación comunicativa de los individuos). El acoplamiento entre individuo y sociedad requiere el aprendizaje y manejo de estos esquematismos. Con ello se reproducen los modelos de expectativas estereotipadas que son imprescindibles para comprender y realizar las acciones comunicativas, algo para lo que no basta el simple aprendizaje del lenguaje.

Los *mass media*, por lo tanto, también son uno de los principales garantes de que estos esquematismos, tan importantes para la socialización, se difundan a lo largo y ancho de la sociedad, con

lo que aseguran una de las condiciones operativas esenciales de la reproducción de la comunicación, lo que para él es tanto como decir de la sociedad misma.

En virtud de lo hasta aquí expuesto acerca de la opinión pública, Luhmann entendía que ésta no puede ser concebida –sociológicamente– ni como la pura moda opinática del siglo XVII ni como el medio de la ilustración racional del que el iluminismo esperaba obtener la emancipación de las fuerzas oscuras y rutinarias de la tradición. La opinión pública no es más que el medio de la sociedad moderna para la descripción del mundo y de sí misma. Con agudeza no exenta de su característica ironía, y tomando la idea de un viejo libro de V.O. Key, Luhmann (1997: 1108) se refiere a ella como el "Espíritu Santo" de la sociedad moderna, o lo que es lo mismo: como la disponibilidad comunicativa de los resultados de la comunicación. A diferencia de lo esperado por la Ilustración, para Luhmann no se trata, pues, de la expresión representativa (en cuanto racional o en cuanto provista de autoridad) de la unidad de la sociedad en la unidad de la sociedad. De lo que se trata, en definitiva, es del procesamiento continuo de diferencias estructurales y distinciones semánticas. Con dicho procesamiento lo que se alcanza es una enorme perturbabilidad de la sociedad, así como una elevada complejidad de las estructuras en cada caso relevantes para la absorción de incertidumbre. La sobrecarga que este problema de la absorción de incertidumbre genera para los procesos de selección de informaciones, señala Luhmann, es resuelto de forma pragmática y muy eficaz por la presión temporal que rodea el trabajo en las redacciones de los *mass media*.

Con esta posición ocupada en la sociedad por la opinión pública y este modo de operar de los *mass media* que la producen, a las ciencias sociales se les presenta el grave problema de si y cómo pueden participar en la tarea de proporcionar autodescripciones eficaces a la sociedad. En el mejor de los casos, creía Luhmann, podrán incubar nuevas descripciones, pero no imponerlas. Es evidente que para su uso interno pueden elaborar teorías, deshacerse de ellas y volverlas a producir. Pero esto era visto por el sociólogo de Bielefeld como una mera contribución a su propia reproducción como especialidad científica. Sin embargo, un salto desde este reducto social al ámbito mayor de la sociedad es lo que justamente se espera de los "intelectuales", y en la práctica es lo que han hecho, por poner un ejemplo reciente y bien conocido, conocidos ensayistas sociológicos como Anthony Giddens y, sobre todo, Ulrich Beck.

Luhmann nunca se sintió atraído por este papel de "intelectual", siguiendo en este punto la inspiración del que fuera su mentor y fundador de la Facultad de Sociología de Bielefeld, Helmut Schelsky, quien siempre se posicionó críticamente ante la figura del "intelectual", basándose para ello en una cultura académica reflexiva, poco amante de la polémica pública, que en su día le valió la etiquetación como conservador.

Pues bien, como Schelsky, también Luhmann consideraba que las experiencias realizadas en esta dirección no hacían sino demostrar que no funcionaban. Si la sociología ofrece una teoría de la sociedad es algo que, en opinión de Luhmann, sólo puede hacer reflexionando sobre su propia posición; y esto significa que sólo puede hacerlo como prestación característica de una especialidad del sistema de la ciencia, y por lo tanto, satisfaciendo las exigencias de la actividad científica. Como la propia autorreflexión sociológica nos enseña, con ello se trata también de una activi-

dad social, autodescriptiva (de la sociedad), pero que tiene la peculiaridad de estar protegida por los límites del sistema funcional de la ciencia. Y si no quiere perderse esta protección (porque de perderse ya no se haría sociología, sino otra cosa diferente), entonces es preciso utilizar formas de análisis y herramientas conceptuales especiales, así como tomarlas reflexivamente en cuenta, a diferencia de lo que ocurre con la opinión pública y sus medios característicos.

LA REALIDAD DE LA CONSTRUCCIÓN: LOS MASS MEDIA COMO SISTEMA FUNCIONAL

Luhmann creía que muchos de los aspectos de la opinión pública descritos en el apartado precedente permiten lanzar la hipótesis de que su constitución –y la construcción de su realidad– es obra de un sistema funcional especializado, aunque era muy consciente de que faltaba un concepto claro para dar cuenta de él, así como una función suficientemente acreditada. Contra esta hipótesis puede esgrimirse que los *mass media* están no ya entretreídos de forma muy estrecha con la sociedad, sino que en ello radica justamente su función. El funcionamiento de estos medios descansa sobre el supuesto de que también fuera de ellos hay comunicación sobre los temas que hacen públicos. Y también desde el lado de su propia alimentación es esta ligazón múltiple, estrecha e imprescindible, ya que su información sólo es creíble si se refiere a la propia comunicación de la sociedad –para lo cual deben existir el periodismo de investigación, las indiscreciones, los comunicados oficiales, etc.

Ahora bien, Luhmann pensaba que no era posible ignorar los diversos aspectos de clausura operativa, autorreferencial, propios de todo sistema funcional y apreciables en los *mass media*. Sus operaciones son seleccionadas por ellos mismos, siguiendo la *codificación binaria información/no-información (o noticiable/no-noticiable)*. De este modo, el sistema reacciona de continuo a sus propios productos; es decir, reacciona a lo que él mismo elabora: a la difusión de noticias que excluye que el contenido de éstas ya haya sido difundido o pueda volverse a difundir. Como lo que el sistema produce es difusión de información, tiene que aniquilar información sin cesar, pues de otra forma no podría difundir nuevas informaciones –otras novedades. Su misma técnica de difusión, por tanto, diferencia a los *mass media* de los difusos flujos comunicativos de la sociedad. La técnica del sistema asimetriza a éste con respecto a su ambiente social, excluyendo, normalmente, que la comunicación por él difundida pueda ser objeto de una contestación inmediata.

Con independencia de esta particular manera de aumentar clausura y apertura sistémica, autoaislamiento y receptividad, Luhmann entendía que en los *mass media* es posible reconocer otras varias características propias de un sistema funcional externamente diferenciado.

Por lo que respecta a su *función*, Luhmann entendía que estaba relacionada con la ya referida *producción de una realidad común*, "o mejor dicho, con la producción de una tal suposición, que de este modo se impone como ficción operativa y deviene realidad" (Luhmann, 1981: 320). Desde un punto de vista histórico, esta función podría identificarse como la sustitución de aquello que en las sociedades tradicionales estaba regulado mediante una representación incontestada: la *absorción de incertidumbre* en relación con la elaboración y reformulación de las imágenes de la sociedad y el mundo.

Pero este reemplazo no es gratuito, pues la obligatoriedad, posible estructuralmente sólo sobre la base de una representación incontestable, es sustituida por la inestabilidad. Como decía Luhmann, apoyándose en uno de sus característicos juegos de palabras, "ahora en vez de monumentos tan sólo tenemos momentos, en los que puede suponerse un determinado nivel de información; en vez de saber opinático [dóxa], un saber informacional, que no nos indica cómo hay que actuar para hacerlo correcta y consensualmente, pero que sí vale para reproducirse a sí mismo" (Luhmann, 1997: 1104). A resultas de ello, la diferencia entre lo que es información y lo que no lo es (noticiable / no noticiable), que opera como código del sistema, lo hace siempre de manera momentánea. En este procesamiento altamente temporalizado de la diferencia directora del sistema, lo ya sabido pierde su valor informativo, aunque debe ser recordado, pues de otro modo no es posible comprender la nueva información.

Los programas del sistema, que dirigen la selección de información, pueden cifrarse en las *preferencias temáticas* y, a un mayor nivel de agregación, en los *tipos de temas* que, como secciones de un diario o franjas de emisión, facilitan el acceso a la información. La autoproducción del sistema parece residir en que la información relevante a tal efecto se enlaza recursivamente y sólo así puede ser reproducida. Un grado más elevado de reflexividad –noticias en los medios que informan sobre noticias publicadas por dichos medios– es algo menos frecuente, pero también normal.

Como señalamos un poco más arriba, la información es comprensible sólo sobre la base de lo ya informado, y la nueva información servirá a su vez base para la comprensión de otras posteriores informaciones (igualmente nuevas). Lo que en cada momento es la opinión pública en curso, que determina temáticamente las formas adoptadas por el medio, en cuanto resultado de anteriores comunicaciones, es condición de la posibilidad de futuras comunicaciones. De ello deriva el carácter momentáneo de los elementos del sistema, cuyo sentido reside, única y exclusivamente, en su desvanecerse en cuanto se difunden, contribuyendo así a la producción de nuevos elementos (¿quién se acuerda ahora, en plena "crisis de Irak", ya de la "crisis del Prestige"?).

Por último, y al igual que cualquier otro sistema funcional, tampoco el de los *mass media* puede ser absorbido en su totalidad por una organización (p.e., una empresa u organismo público), si bien, como es evidente, también en este sistema funcional desempeñan un papel decisivo las organizaciones (generalmente empresas).

A partir de todos estos aspectos, y si es adecuada la idea hoy tan extendida de que sistemas altamente flexibles y provistos de estructuras muy variables son especialmente adecuados para orientar el curso de un sistema mayor y más complejo, entonces, y en relación con la policontextural y globalizada sociedad moderna, los *mass media* son un caso paradigmático de ello. Su nivel de refinamiento a la hora de construir realidades, así como su capacidad "performativa", decisivos a este respecto, pueden corroborarse más nítidamente aún, si cabe, en la tercera de sus formas características de comunicación: la publicitaria (Luhmann, 1996: 85 ss.)

Si bien la publicidad está motivada por la esperanza de aumentar las ventas de los productos publicitados, Luhmann entendía que tiene otra función sociológicamente más importante: la de

producir y consolidar los criterios del buen gusto para una gran masa de individuos que hoy no disponen ya de ellos. En otras palabras, más allá de su finalidad explícita, la publicidad tiene otra tan importante o más de carácter implícito: la de proporcionar seguridad a la hora de juzgar las virtudes simbólicas de objetos y estilos de vida¹⁰. La demanda, a este respecto, es alimentada no sólo también sino en muy primer término por la clase alta, muchos de cuyos miembros, debido a su rápido ascenso social y a una práctica matrimonial carente de regulaciones sólidas, ya no sabe cómo puede servir de arquetipo. Esta función latente de la publicidad puede ser utilizada estratégicamente para aumentar la demanda, pero también repercute sobre aquellos que no adquieren los productos publicitados.

En relación con este último aspecto y otros como éste (selección de temas y de criterios de noticiabilidad, ante todo), es muy frecuente oír o leer de la "manipulación de la opinión pública". Al respecto es importante señalar que, observándolo desde el punto de vista de su dinámica característica, Luhmann consideraba que el sistema de los *mass media* apenas admite consideraciones relativas a la responsabilidad, lo que redundaba en la amplísima, inagotable y, periódicamente agudizable, discusión sobre la ética periodística.

Del mismo modo, entendía que resulta muy difícil determinar lo que pueda significar en relación con dicho sistema el concepto de regulación o control. Lo único que Luhmann consideraba posible establecer a este respecto es que las imágenes de la sociedad y del mundo pueden ser movilizadas por los *mass media*, con lo que las diferencias temporales entre los distintos sistemas funcionales de la sociedad alcanzan una importancia decisiva, y cualquier determinación, sea parcial (relativa a alguno de dichos sistemas) o total (de la sociedad como un todo), tiene que ser temporalizada. La capacidad excedente de memoria de la que dispone la sociedad, gracias a la escritura, primero, la imprenta, después, y las modernas técnicas electrónicas de almacenamiento y transmisión de datos, hoy, es neutralizada por dicha temporalización. Desde luego, acceder a dicha memoria es no ya posible, sino cada vez más fácil, pero las orientaciones significativas para la acción y la comunicación resultantes de ello sólo pueden determinarse para cada oportunidad, y por tanto de manera por lo general efímera. La "efímera" sociedad mundial (global) de nuestros días se sincroniza –mejor dicho, sólo puede sincronizarse– en el presente, por lo que precisa de un instrumento que le facilite una "integración al instante" (Luhmann, 1981: 319), y eso es lo que justamente hacen para ella los *mass media*, gracias a que su tiempo de coordinación se reduce casi al momento.

De todos estos rasgos propios de la comunicación producida por los *mass media*, a los que, de forma muy condensada y selectiva, hemos pasado revista, Luhmann concluyó proponiendo una drástica redefinición de las ideas y esperanzas tradicionalmente asociadas al concepto de lo público que determina a la opinión construida a través de dichos medios. El públi-

¹⁰ Al respecto, Luhmann se remite al estudio ya convertido en clásico de Pierre Bourdieu (1991).

co de éstos no es en realidad nada más que una "audiencia", a la que no cabe atribuir una racionalidad especial. Más bien podríamos decir que sucede lo contrario: cuanto más se orientan autores y programadores hacia los niveles de audiencia, tanto más parece reducirse la calidad de obras y programas¹¹. La razón primera y fundamental de esta decepción de las expectativas ilustradas de racionalidad es, precisamente, el comentado carácter generalizado de la comunicación de masas, que pone de manifiesto la intransparencia de la relación entre emisor y receptor. El concepto de público arrastra consigo la originaria ilusión de una racionalidad común, que debería ser capaz de salvar la distancia que separa a las partes. Mas esta distancia es insuperable, y no por alguna incapacidad de principio de los partícipes en la comunicación, sino por las propias condiciones prácticas en las que ésta se desarrolla. En la comunicación de masas, entre emisores y receptores se interpone un espejo con dos caras, al igual que sucede entre oferentes y demandantes en un mercado desarrollado. En una de dichas caras, los emisores se ven a sí mismos y a sus competidores reflejados. En la otra, los receptores ven qué es lo que otros receptores ven y –en virtud de ello– a estos mismos receptores. Pero el espejo, a diferencia del de Alicia, es impenetrable, pues en otro caso quebraría algo esencial para la función de los *mass media*: la mencionada ilusión del público de estar realizando una observación de primer orden.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bourdieu, P. (1991): *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*, Madrid: Taurus.
- Esposito, E. (1995): "Interaktion, Interaktivität und Personalisierung der Massenmedien", *Soziale Systeme*, vol. 1, pp. 225-259.
- García Blanco, J.M. (1997): "Autopoiesis: un nuevo paradigma sociológico", *Anthropos*, nº 173/174, pp. 78-91.
- Luhmann, N. (1981): "Veränderungen im System gesellschaftliche Kommunikation und die Massenmedien", en Luhmann, N., *Soziologische Aufklärung* 3, pp. 309-320.
 - (1987): "*Distinctions directrices. Über Codierung von Semantiken und Systemen*", en Luhmann, N., *Soziologische Aufklärung* 4, pp. 13-31.
 - (1990): "Gesellschaftliche Komplexität und öffentliche Meinung", en Luhmann, N., *Soziologische Aufklärung* 5, pp. 170-182.
 - (1996): *Die Realität der Massenmedien*, 2ª ed. ampliada, Opladen: Westdeutscher [hay edición española: *La realidad de los medios de masas*, Barcelona: Anthropos 2000].

¹¹ Por eso, como pone de relieve con mucha agudeza Elena Esposito (1995), está muy extendida entre los profesionales de los *mass media* con una mayor conciencia profesional la opinión de que el buen periodista no debe preocuparse por no conocer apenas a su público. La preocupación por el público o por cualquier otro resultado de los estudios de audiencia reduce la autonomía profesional, ya que distrae la atención hacia la calidad del producto. La imagen del público y la valoración de lo que es un buen producto, entonces, han de apoyarse, de manera circular –o sea, autorreferencial–, sobre la profesionalidad del periodista, forjada a través de su experiencia en el propio mundo de la información.

- (1997): *Die Gesellschaft der Gesellschaft*, Frankfurt: Suhrkamp.
- (1998): *Complejidad y modernidad: de la unidad a la diferencia*, Madrid: Trotta.
- (1998a): "¿Qué es comunicación?", en Beriain, J., e Iturrate, J.L. (eds.), *Para comprender la teoría sociológica*, Estella (Navarra): EVD, pp. 477-482.